PATRONATO CULTURAL
AYUNTAMIENTO DE TOTANA
Fecha 4 JUL 2016
Registro Entrada n.º 11
Salida n.º

La lluvia lenta

Lema: Quimera de Arezzo
Modalidad Cuento

"Las cosas duran más que las personas"
Eugenia Rico

Lo supe desde el mismo momento en que ella arrimó sus pupilas suaves a mi cuerpo. Supe que ya no podría pensar en nadie más, que siempre la querría con ese fervor irracional reservado a los amores imposibles. Nos conocimos una tarde del final del estío. Hasta entonces ella sólo había ensayado conmigo miradas furtivas, sonrisas fugaces, encuentros casuales en el bulevar los domingos por la tarde, nada que pudiera presagiar esa fiebre que se apoderó de mí cuando nos sentamos junto a un nogal centenario, muy cerca de la Fuente de las Mariposas. El cielo sobre el parque se frunció de grises y descendió deprisa, como si quisiera entreverarse con las ramas más altas de los árboles. Comenzó a llover, lentamente, y ella me cubrió con su paraguas, los dos juntos, muy juntos en aquel islote donde la felicidad parecía diluirse en cada gota de agua, en los charcos y regajos que la lluvia diseminaba en la arena de los senderos, en aquel aire eléctrico que nos arropaba, un aire turbio, mestizo entre el violeta y un gris de plata vieja. Los dos solos, solos entre el sigilo demorado de los estorninos, y de las tórtolas, y de los gorriones, y de aquellos mirlos de plumaje azabache que se refugiaban en las cruces del nogal centenario; solos entre el murmullo confundido, atenuado por la lluvia, del surtidor que emanaba de la fuente.

Aquella tarde me llevó a su casa, cómo me gustaba aquel tercer piso sin ascensor, el pasillo pintado de un verde manzana, las flores frescas sobre la mesa camilla, la chimenea de mármol labrado, el reloj de pared y su carillón, la mecedora de madera de haya, el azul liviano de las cortinas, el juego de café sobre el velador y el mantel de lino bordado que cubría la mesa del comedor. Aquella misma tarde me convertí en su amigo íntimo, en su confidente, en el albacea de sus pensamientos, de sus secretos, de sus ilusiones y promesas.

Apenas necesitábamos conversar. Bastaban las miradas, los silencios, las sonrisas y los gestos, un alzar de párpados, un arqueamiento de cejas, una desviación de la nariz o de la mejilla, un leve encogimiento de hombros, unas manos entrelazadas, el latir de su sangre bajo el tacto tibio de su piel. Y aún hoy, casi sesenta años después de aquella tarde, continúo guardando todo aquello que me confió, una rosa de pétalos rojos, una humilde hoja de laurel con una fecha escrita en el envés, un ramillete de lavanda, el billete del autobús que nos llevó al cine por primera vez, un poema de amor no correspondido que encontramos sobre la mesa de un café, garabateado en una servilleta, la tinta desleída, quizá, por las lágrimas últimas de la enamorada que lo escribió.

Aún hoy, sesenta años después, la sigo queriendo de la misma forma, con ese fervor irracional reservado a los amores imposibles. Ella no me reconoce, pero no me importa. Me mantengo a su lado, fiel como un cachorro que se sabe indefenso sin su compañía, y no me canso de mirarla, los surcos que cercenan con usura el borde de sus ojos, sus mejillas flácidas, las manos perfiladas por la inmovilidad de la artrosis, su mirada abismada, oculta tras las tinieblas de la memoria, su cuerpo frágil sentado en la vieja mecedora de madera de haya, muy cerca del azul liviano, descolorido de las cortinas, del juego de café sobre el

velador, del mantel de lino bordado que cubre la mesa del comedor. El reloj de pared adolece el silencio de su carillón, nadie hay ya que se moleste en darle cuerda; las paredes del pasillo de este tercer piso sin ascensor se consumen de abandono, una leve capa como de hollín vela el color verde manzana y sobre la mesa camilla no hay más que flores muertas, los pétalos a punto de trocarse en polvo, los tallos doblegados, las hojas quebradas sobre el borde del jarrón.

Ella no me reconoce, pero no me importa. Ha perdido la sonrisa, y su tierna manera de mirarme, y el silencio de aquellas conversaciones que se prolongaban durante horas, sí, un alzar de párpados, un arqueamiento de cejas, una desviación de la nariz o de la mejilla, un leve encogimiento de hombros, unas manos entrelazadas, el tacto tibio de su piel. El tacto tibio de su piel.

Me mantengo junto a ella, apoyado sobre el revellín de la chimenea de mármol labrado, atento a su respiración, a esa sumisión callada a que la condena el erial de la memoria, ese abismo que devora su pasado. Sólo medra en su conciencia un páramo abrupto, cruel, sin extremos conocidos. Me mantengo junto a ella, aunque ella ya no pueda verme, ni recordarme, ni siquiera acariciarme con sus manos inmóviles. Me mantengo junto a ella, cerradas, tal vez para siempre, las tapas de cuero que encuadernan mis páginas, dispuesto a albergar, por sobre los achaques de los años, de la humedad y la carcoma, por entre estas palabras impresas sobre mis hojas –unas palabras mil veces leídas por su sonrisa, mil veces rozadas por su piel, por sus pupilas-, sus pensamientos, sus secretos más íntimos, sus ilusiones y promesas, una hoja de laurel, un ramillete de lavanda, un billete de autobús, una rosa de pétalos rojos, aquel poema con la tinta desvaída.... La memoria de un amor que desde el principio acepté como imposible. La memoria de una lluvia lenta durante aquella tarde del final del estío.